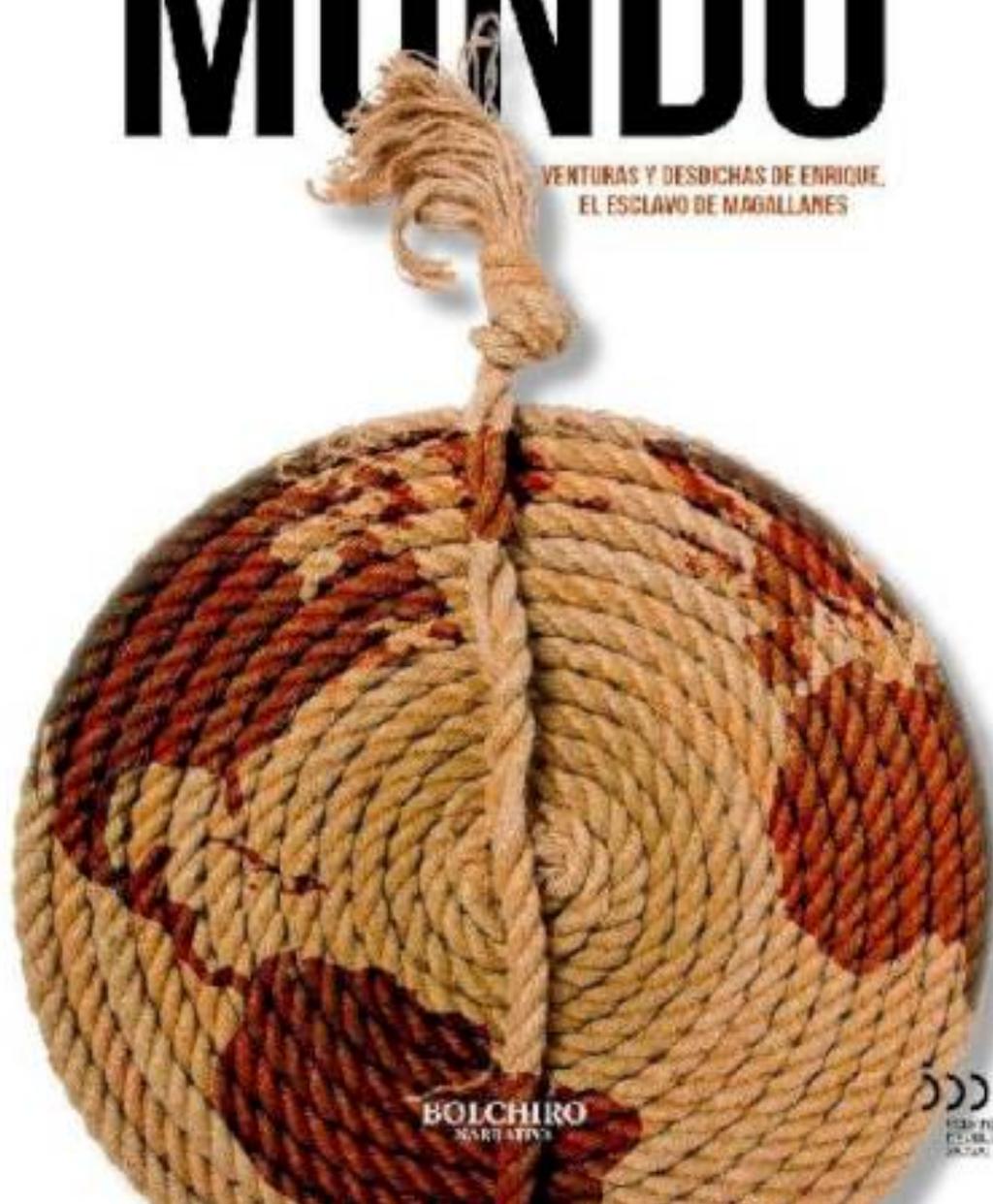


TATO CABAL

LA FORMA DEL MUNDO

VENTURAS Y DESDICHAS DE ENRIQUE,
EL ESCLAVO DE MAGALLANES



BOLCHIRO
NARRATIVA

500
TATO CABAL
AUTOR

Tato Cabal
La forma del mundo

La forma del mundo

Bolchiro Narrativa

© Bolchiro (bolchiro.com)
Plaza de los Mostenses, 1 - 2º (Of. 6)
28015 - Madrid
administrador@bolchiro.com

© Del texto: TATO CABAL
© Del prólogo: JOSÉ ÁVAREZ JUNCO

Diseño cubierta y mapas: VIOLETA CABAL

ISBN del libro impreso: 978-84-16503-02-5
ISBN del libro electrónico: 978-84-16503-03-2

ÍNDICE

- Cubierta
- Prólogo, por José Álvarez Junco
- LA FORMA DEL MUNDO**
- Capítulo I: Polaune
- Capítulo II: Lisboa
- Capítulo III: Sevilla
- Capítulo IV: Cebú
- Capítulo V: Manipa
- Anexos
 - Epílogo histórico: el fin de la historia
 - Breve bibliografía y referencias para consultas
 - Mapa mundi de la ruta de Magallanes/ Elcano
 - Plano de las Islas de la Especiería

PRÓLOGO

Como historiador que soy, le pediría muchas veces a la novela histórica que fuera más historia que novela. Pero es un error, propio de mi oficio. Debe ser más novela que historia. Debe dominar, sobre todo, el hechizo de la ficción, que profundiza en los recovecos del ser humano, que lo desnuda y lo enfrenta a sus verdades y a sus demonios. Esos autores que se documentan tanto, que ofrecen tanta información minuciosa sacada de libros o archivos y pretenden convertir su novela en una seria investigación académica, yerran el tiro.

Este libro es una novela. Versa, sí, sobre el histórico viaje protagonizado por Magallanes al frente de la llamada Flota de la Especiería y la asombrosa época en que se desarrolló. El primero, el viaje, fue una verdadera gesta, una de las mayores de la historia humana, que consistió en llegar al Maluco buscando las espaldas de América con una escuadra compuesta por unos cascarones que hoy no cumplirían ni la menor exigencia de seguridad marítima, pese a lo cual durante tres años sus tripulantes arrostraron y superaron inmensas dificultades, alimentados únicamente por la ambición y los sueños. El segundo, el momento o ambiente en el que se encuadró, fue el del tránsito de la Edad Media al Renacimiento, con la imprenta, los descubrimientos, las universidades y los debates que llevaron a los humanistas a transformar radicalmente la visión del mundo que había dominado las mentes durante todo el Medievo.

Sabidamente, Tato Cabal evita la tentación de reducirse a cronista de la epopeya. El relato de lo humano siempre trasciende a lo episódico. Lo cual de ningún modo significa que no respete la historia, es decir, que tuerza o ignore los hechos probados. El autor conoce a fondo el asunto del

que habla y muestra un respeto profundo hacia el trabajo de los historiadores.

Pero *La forma del mundo* es, por encima de todo, una novela de aventuras, cuyo protagonista es Enrique, el esclavo de Magallanes. Enrique fue un personaje real. Así lo certifican su inscripción en el rol de navegantes como Enrique de Malaca, las referencias que a él hacen otros protagonistas del viaje, como Pigafetta, Elcano o Ginés de Mafra, y su aparición en el testamento de Fernando de Magallanes, que le otorga la libertad y diez mil maravedíes.

Su existencia, pues, es segura. Pero lo que sabemos de él es poco y contradictorio. No conocemos ni su edad ni su lugar de nacimiento; unos le dicen de Malaca, otros de Sumatra y otros le hacen proceder de las islas Malayas, aunque los indicios lingüísticos apuntan a su probable origen filipino. Magallanes lo compró en Malaca casi diez años antes del inicio de la odisea que lo encumbró a la fama, cuando el entonces soldado portugués se jugaba el pellejo en las islas Malayas por cuenta de su anterior soberano, el rey Manuel. Su final también es incierto: los magallanistas, que le apreciaban, le suponen muerto o escapado de la flota en la matanza del palmeral de Cebú; los antimagallanistas, por el contrario, le creen un traidor, en esa misma ocasión.

La sorprendente y muy probable conclusión es que este hombre, Enrique, fue el primero en dar la vuelta al mundo, puesto que fue llevado desde Malaca hasta la Península Ibérica por África y llegó de nuevo a su tierra por América y el Pacífico. Si bien, por supuesto, los primeros en circunvalar la tierra en navegación franca y única fueron Elcano y sus diecisiete compañeros.

La relación que el destino estableció entre Magallanes y Enrique marcó la vida de este último y es la médula de este relato, que despliega un jugoso debate entre el señor y el criado; torvo y neurótico el primero, producto de los ambientes más sofisticados del momento, y sensible y profundo el segundo, criatura del lugar más humilde del orbe.

La narración se despliega en dos zancadas sucesivas, la de los recuerdos del protagonista y la del relato del viaje

magallánico. Los primeros van surgiendo en la mente de un Enrique que se acerca de nuevo a sus orígenes lleno de oscuros presentimientos. El segundo nos va mostrando sin tapujos, pero sin alharacas, las pequeñas verdades de toda epopeya. Ambos se engarzan a la perfección y acaban confluendo al arribar los navegantes a las islas de Cebú, justo cuando los trágicos acontecimientos dejan al protagonista atrapado en las redes del destino.

El verdadero viaje que se cuenta en esta historia es, para mí, el periplo vital de un hombre que nace y pasa su infancia en un mundo mágico, casi paleolítico, y acaba conociendo los reinos más avanzados y poderosos de la época, incluidos sus reyes, Manuel de Portugal y Carlos de Castilla, en lo que él creía que iba a ser un viaje al infierno, pero que acabó siendo un traslado al paraíso, que es madurez o plenitud. La paradoja final fue que el mismo que lo trajo, Magallanes, le arrastró de nuevo al viaje que le iba a devolver a su origen, cerrando así el círculo de la circunnavegación vital.

Esta novela, que nos emociona y zarandea desde el comienzo, acaba poniéndonos frente a un espejo y obligándonos, en páginas que creo memorables, a pensar en el sentido de nuestra existencia.

José Álvarez Junco
Madrid, marzo de 2019

La forma del mundo

*A Carmen y Dolores,
siempre estelas, fosfenos, ecos...*

*Y a Gus, mi compañero;
espero que allí encuentre muchas luces que
perseguir.*

CAPÍTULO I

POLAUNE

Los recuerdos son la vida del alma.
Sotero Manteli Gorostiza (Vitoria, 1820-1885)

1

Enrique no se llamaba Enrique. Nació en una aldea de casas de junco y palma, en un mundo alargado, apretado por el mar y por la montaña abrupta, inhóspita, que era negra pero que estaba constantemente vestida de verde. Una montaña cuyos lomos solo se dejaban atravesar por los que salían de mañana, siempre adultos que conocieran bien sus senderos y que tuvieran un buen motivo para exponerse a las alimañas y a los malos espíritus. Una montaña que el niño que no se llamaba Enrique siempre miraba con recelo sabiendo que algún día la iba a atravesar.

Del mar no desconfiaba; el mar, azul e inmenso, era dulce, y seguramente por eso él pensaba que era mujer. Claro que a veces se enfadaba, también las madres se enojan, pero la mayor parte del tiempo era calmo, arrullador y generoso.

Tampoco recelaba del sol, infatigable y perseverante, que anunciaba todos los días su llegada con un manto rojizo en el pliegue del cielo sobre el mar, y que luego surcaba el azul por lo más alto haciéndose más bravo cuanto más elevado, hasta que se dejaba caer por la espalda de la montaña y su luz se desvanecía un día y otro día.

Enseguida inundaron su cabeza imágenes, sonidos y olores de su infancia que llevaban muchos años dormidos. El sándalo, los tambores y campanas, los cabellos negros descolgándose por las espaldas de cuerpos desnudos y tatuados con dolor. Enrique se sintió turbado y abrió los ojos. Antes de incorporarse alzó el brazo y se remangó la camisa lo suficiente como para ver las líneas oscuras que surcaban su piel desde el hombro hasta rebasar el codo; si no fuera por esos hilos incomprensibles que le anclaban al tiempo desteñido de su niñez, él viviría sin pensar que no era de los de esta parte del mundo.

Se le cerraron de nuevo los ojos y apareció el recuerdo

de aquel momento. Sí, los cuerpos se escribían con dolor; él estaba siendo sujetado mientras un hombre cubierto con una máscara le dibujaba la piel en medio de cánticos y algarabía, y lloraba apretando los labios. Frente a él, sujetándole por las muñecas, estaba su padre. Fedú. ¡Fedú! Hacía mucho tiempo que no se le venía el nombre a la cabeza y ahora aparecía como un golpe de aldabón junto al rostro espantoso de mirada tierna. A su padre le faltaba la nariz. Se la habían cortado unos piratas chinos mucho tiempo atrás.

Al abrir los ojos de nuevo, apareció la arboladura de la nao meciéndose en el azul. Entre las velas se adivinaba la figura de un marinero en la cofa del palo mayor afianzando cabos, mientras en la verga superior algunas gaviotas tomaban el sol. Se incorporó hasta quedar sentado sobre la estera y comprobó que la estampa que le devolvía la vista se correspondía con lo esperable; los hombres ociosos se asomaban a la borda de estribor desde donde se podía ver una línea de tierra tostada en la lejanía del horizonte.

–Es la Berbería¹.

Las palabras resonaron a su espalda y tenían un extraño soniquete. Al volverse, Enrique se percató de que el italiano al que tanto había visto prodigar su conversación florida de gestos con los capitanes y personas influyentes, se había sentado al borde de la cubierta alta del castillo de popa dejando colgar sus piernas y le miraba con cierta superioridad bajo un sombrero de paja de ala ancha. Enrique nunca había cambiado palabra con ese joven, del que le llamaba la atención su barba negra y rala, pero abultada sobremanera bajo la papada, y a quien había visto brujulear por los ambientes selectos de Sevilla en no pocas ocasiones durante las calurosas semanas previas a la partida.

–Lo sé. Estuve allí con mi señor –respondió por cortesía.

–Eres Enrique, el de Malaca, ¿verdad?, el esclavo del almirante capitán general.

Enrique asintió.

–Y tú, Antonio Lombardo.

El italiano soltó una risita. A Enrique le importaba bien poco el motivo. Tampoco le extrañó que se refiriera a su señor con tan altisonante título. Se levantó, dobló la estera y la dejó sobre el cestón de mimbre donde guardaba sus cuatro cosas.

–Soy Antonio Pigafetta. Me hace gracia lo de lombardo.

–Yo no tengo apellido. Y no soy de Malaca; allí me apresaron.

Caminó unos pasos para ganar campo de visión y se acodó en la barandilla. Al otro lado, en las escaleras del castillo de proa, unos hombres daban instrucciones a un grupo de pajes, grumetes y algunos de los criados de los oficiales. Junto a los pañoles de la cubierta baja, donde se guardaban en fardos las enormes madejas de sogas y cordeles, el contraмаestre hablaba para un grupo de hombres de la marinería, a quienes se distinguía porque todos usaban bonete azulón. En la borda contraria, el capellán, Pedro de Valderrama, sujetando un libro entre sus manos enlazadas a la espalda, perdía la vista en el horizonte, donde el inmenso mar esperaba la llegada del sol bermejo y fatigado.

Por detrás, en descompuesta formación, Enrique pudo ver las otras tres naos y, al fondo, la carabela, la Santiago, que apenas había desplegado la mitad del velamen; con la capitana, en la que viajaba él, cinco cascarones renegridos de brea, con sus tocados de telas blancas, iban dejando a su espalda unas aguas que pasaban de azul a negro. Habían transcurrido más de dos horas desde que dejó de verse la costra parda de las tierras españolas.

Nadie gritaba, nadie corría, nadie bromeaba ni se reía. Del mismo modo que en las gargantas de todos ellos aún permanecía el recuerdo acre de la pólvora disparada en salvas atronadoras, todavía parecía quedar en el aire el eco de los momentos intensos de la mañana, los silencios hondos en la misa de Nuestra señora de Barrameda, los cuchicheos en las colas para embarcar, los cantos y el griterío de la gente que los miraba desde los muelles, antes de que las voces imperativas de los contraмаestres hicieran recoger

todas las anclas menos una, con la que se había de cumplir el ritual. Con el beneplácito del piloto mayor, una voz rompió el silencio: «¡Soltad la vela de mesana en nombre de la Santísima Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, los tres que son el único y verdadero Dios, que nos lleve con buen viaje y nos proteja y nos devuelva a nuestro hogar!». Las velas cayeron a trompicones y se hincharon con la misma brisa que acariciaba los rostros sobrecogidos, al tiempo que varios hombres levaban el ancla girando el cablestrante y el barco se desperezaba.

Unos pasos acelerados le devolvieron al ahora. Cristóbal, «cara de pan», como le llamaban secretamente casi todos, se le acercaba sorteando los baúles y bultos del pasillo.

–Me manda a buscarte el capitán general –dijo dando las últimas zancadas–. Quiere que subas a su cámara ya.

Enrique le miró con extrañeza, pero sin dejar de apoyarse en la barandilla.

–¿Capitán general? ¿Ahora le llamas así?

–Yo y todos los tripulantes de la escuadra, métetelo en la cabeza. Es lo que ha ordenado. –Cristóbal hizo un gesto para que le siguiera y se puso en camino–. Vamos.

–¿Sabes para qué me llama?

–No es cosa mía, solo soy un criado, pero viendo que llevas todo el día acostado no sería de extrañar que te llegara una mano a la cara.

A Enrique no le inquietó el vaticinio; por el contrario, sonrió burlonamente aprovechando que el otro iba por delante. ¿Solo un criado?, decía el «cara de pan», cuando todo el mundo sabía que era hijo natural del almirante, Fernando de Magallanes, de quien no había sacado, desde luego, su carácter aventajado.

–¡Capitán general! –vociferó Cristóbal al llegar a la entrada de la cámara, al tiempo que golpeaba con los nudillos–, ya estamos aquí.

Se abrió la puerta y Magallanes asomó la cabeza, los miró como si los estuviera contando y luego se dirigió al criado sin alzar la voz, pero con tono severo.

–Cristóbal, ¿no te he dicho que debes decir mi señor ca-